

Municipios creíbles, con “grupos motores cuidadores”.

La unión hace la fuerza, la diversidad hace la creatividad transformadora.

Tomás R. Villasante (Miembro del CIMAS, y Profesor Emérito de la UCM)

Estamos en sistemas de democracias electorales, con minorías suficientes para gobernar. Lo cual es un avance por el que hemos luchado frente a los autoritarismos militares o monárquicos más autoritarios que vivimos en el siglo XX. Pero por ejemplo en las elecciones municipales, que legitiman este sistema, no votará un tercio de los censados, como viene ocurriendo más o menos en los 30 años de estos procesos. Otro tercio vota disperso en varias opciones, y en contra, por lo que el que gana suele tener un tercio de los posibles votantes, como mucho. Es decir, la mayoría de gobierno no suele contar con el respaldo de la mayoría de la población.

Hoy la gente no tiene interés en votar como pudo haber en las primeras elecciones, aunque se mantiene como un rito de ciudadanía bien visto. Se han ido produciendo sucesivas olas de desencanto, hoy la clase política ha pasado a ser el “tercer problema” en opinión de las encuestas. Por eso las campañas son más en contra del adversario que a favor de lo que se dice defender. Simplemente apenas se leen los programas (piense el lector cuantos ha leído, y cuantos cree que leen quienes no leen este tipo de revistas). La información que circula en las elecciones es muy superficial y llena de tópicos contra el candidato rival. Se hacen campañas caras y mediáticas, no deliberativas o construidas desde movimientos sociales, sino en base a cuñas publicitarias y espacios en los medios. Porque este es el rito electoral que dice que así somos demócratas ante la opinión de los medios y del mundo.

Todos vemos las luchas internas para ir en listas electorales, y la conclusión popular no puede ser otra: “porque algo sacarán...” Los partidos tratan de acallar esto con listas cerradas y bloqueadas, y dictadas desde algún comité que pacta entre las tendencias y las personalidades en pugna. Todo esto hace poco creíbles los sistemas electorales, si no es para votar a favor de amiguetes que pueden dar o crear trabajos o beneficios “para los míos”. En el mejor de los casos se postula la credibilidad de algunas personas ante los intereses que les presionarán con seguridad si llegan al cargo. En las elecciones locales estos aspectos cuentan más que los programas que se dicen defender. Por eso hay unas oportunidades potenciales que cabe aprovechar.

No es cosa solo de programas, primero hay que ser creíbles.

Frente a los sistemas electorales hay otras iniciativas más interesantes para la gente en su vida cotidiana. Sistemas que se hacen más creíbles y con unos resultados tangibles cotidianamente. En los deportes uno ve a su equipo todas las semanas jugar, se puede aplaudir o silbar directamente, echan al entrenador, sacan a tal jugador,... mucho más emocionante y efectivo que la política, aunque se trate de “democracias plebiscitarias” no hay que esperar 4 años para votar. En “salir de compras” (para los solventes), o en internet, los sistemas dan la sensación de permitir que uno toma sus propias decisiones (aunque estén manipuladas)... y en “la democracia” tenemos a tertulianos, encuestas, discusiones de bares,... y votar cada 4 años, mucho menos interesante.

¿Cómo podemos partir de la cotidianeidad, de los insolventes o poco solventes, de los trabajadores y otros sectores populares? ¿Cómo podemos articular las necesidades y tomar decisiones que sean beneficiosas para las mayorías, desde lo de todos los días? **Ni el estado ni las fuerzas progresistas tienen sistemas de información cotidianos de lo que pasa en la sociedad.** El llamado socialismo científico tampoco se ha preocupado mucho de saber las necesidades manifestadas por la gente en su vida diaria, pues desde su supuesto “análisis objetivo” de la realidad ya sabían sus partidos de vanguardia lo

que se necesitaba. En general la cosa sigue igual, haciendo deducciones desde los “textos sagrados” de la tradición respectiva, y peleándose entre las vanguardias por ver quién hace la interpretación deductiva mejor de la esencia de la izquierda, y de lo que ya “se sabe” que necesitan los trabajadores, o el pueblo, o la multitud.

La polarización entre los que más defienden los principios esenciales sin hacer caso a las encuestas u otras formas de sondeo de opinión, y los que solo se guían por este tipo de sondeos adaptando su programa a las conveniencias de cada momento, es una pelea que solo hace agotar las fuerzas en sectarismos varios. Hemos de avanzar más allá de los sondeos de encuestas o de la votación electoral, pues hoy son posibles otras formas de información directa desde las bases sociales. No podemos quedarnos encastillados en inducir desde la primera opinión de las bases sociales (muy manipuladas), ni tampoco solo creer en la deducción desde los textos “más científicos” (pero atemporales).

Lo que se viene haciendo es un desperdicio de información popular enorme que, por ejemplo, denuncian tanto Boaventura S. Santos (2005) como Vandana Shiva (2006). Como mucho, se cuenta con las directivas de los movimientos sociales para ver cómo está la situación de cada coyuntura. Pero como estas directivas han sido ganadas muchas veces en la competencia partidista, pues tampoco suele responder este sistema a las informaciones de vida cotidiana requeridas. Hoy en día existen varios sistemas en formación, sobre todo en las últimas décadas, sobre democracias participativas que nos acercan a nuevas formas de hacer políticas radicales. Por eso no es cuestión de cerrar la discusión sobre auto-gestión o co-gestión, sobre Planes Comunitarios o Presupuestos Participativos, sobre Iniciativas Legislativas Populares o sobre Investigación Acción Participativa, por ejemplo. Son diversos procesos que se están ensayando en todo el mundo y que abren nuevas formas de toma de decisiones con unas lógicas participativas muy diferentes a las convencionales de la izquierda tradicional. Seguramente según se vayan depurando los resultados con los años y las décadas, se irán perfilando para cada sociedad aquellos dispositivos más eficientes de circulación de la información y toma de decisiones, desde las bases sociales.

Historias de las que aprender a hacer “otra política”.

Las historias del nacimiento de las Comisiones Obreras de los años 60 y 70, y de las Comisiones de Barrio, y de otros grupos que actuaban por sus intereses inmediatos y contra el franquismo, no son frecuentemente recordadas. Inicialmente no eran grupos que montasen los partidos, sino surgidos en las fábricas, tajos y barrios de actividades cotidianas de las personas más inquietas y reivindicativas. Solo en un segundo momento los partidos que supieron aprender esta lección de auto-organización fueron extendiendo las Comisiones por todas las ciudades y centros de trabajo. Incluso aprovechando las formas semi-legales que permitían los sindicatos verticales o las asociaciones vecinales. Es bueno recordar que las iniciativas y la creatividad les vino desde abajo, desde grupos muy plurales, pero animados por un mismo problema práctico e inmediato que había que resolver.

Los “grupos motores” de hoy, como entonces, pueden partir de diversas posiciones ideológicas, pero siempre han de respetar sus propias reglas: construcción colectiva de la acción y de las estrategias. Estos grupos (en sus muy variadas formas, que hoy y siempre se han dado) suelen ser mixtos, mezclando muy variadas adscripciones (de género, de edad, de culturas, de profesiones, voluntarios, ideologías, etc.) pero están en contra del sistema que identifican como opresor y actúan en situaciones concretas con su propia estrategia y creatividad. Por ejemplo, contra la dictadura del franquismo fueron las “comisiones obreras” clandestinas que se movían en las fábricas convocando asambleas o huelgas (antes de que fueran cooptadas como un sindicato más formal), o

las “comisiones o las plataformas de los barrios” que dinamizaban clubes juveniles, fiestas, parroquias, las asociaciones de vecinos, etc. antes de que se adaptasen a la transición institucional.

Fue mucho más tarde, con la legalización de los partidos y los sindicatos, y con las primeras elecciones municipales, cuando aparecen los “cainismos” manifiestos de los 80. Claro que antes ya había luchas fratricidas, pero encubiertas. Frente al franquismo y sus peligros había que mantener una unidad de lucha transformadora por encima de las discrepancias ideológicas o personalistas. Aparecieron las contiendas entre partidos por copar sindicatos, asociaciones, municipios. Además fracciones internas y personalismos de todo tipo que van fragmentando los movimientos, desaparecen las asambleas, etc. Solo algunos líderes de barrios (Orcasitas en Madrid), o de pueblos (Marinaleda, Santa Lucía de Tirajana, etc.) se mantienen fieles a la unidad de los movimientos sociales y las asambleas de base. En los 80 van a aparecer nuevos colectivos impulsando la lucha contra la OTAN, ecologistas, que también se pueden ver como unos “grupos motores” locales, muy diferentes de la pelea de los “cainismos” de los procesos electorales.

En los 80 y 90 muchas asociaciones se metieron en los Ayuntamientos para hacer Reglamentos con las autoridades, adoptando el lenguaje y el estilo de la administración y los partidos. Muchas asociaciones abandonaron formas genuinas de los movimientos y se plantearon ser “representativas” y que les dieran buenas subvenciones. Mucha gente entendió que esto era una partidización y una lucha entre liderazgos más que un movimiento transformador o servicio público. Lo que llevó en los 90 a estar aún más disgregados unos colectivos de otros. Aun así aparecieron Planes comunitarios barrios, el movimiento de O’7%, el movimiento anti-mili, numerosas ONG, Centros Sociales Okupados, etc. En general “grupos motores” más interesados en una praxis desde muy diferentes posiciones ideológicas, que en debates de principios teóricos.

Más recientemente cuando hemos impulsado los “grupos motores” en procesos (que a veces llamamos GIAP, grupos de investigación-acción-participativa) es siempre con características y estilos que anteponen las formas y los cuidados de “creatividad social” sobre las formas “representativas o de concienciación ideológica”. La “construcción colectiva de estrategias en situación”, más que los debates de fundamentos teóricos o los cálculos electorales. No es que no haya que hacer debates ideológicos, o cálculos de quién puede gobernar, pero que no se lleven todo el tiempo estos asuntos, porque aparte de ser muy aburridos, suelen tapar disputas personales más que de contenidos reales (y la gente lo nota).

En un campo de colectivos y asociaciones tan amplio hay bastantes posiciones de **“iniciativas ciudadanas plurales”**, que tratan de mezclar las formas tradicionales y nuevas. Mezclar todo esto no es garantía de nada, pero si se sabe aprovechar algunas tradiciones de asambleas, fiestas, o comisiones de trabajo abiertas y eficientes, no tiene porqué ser negativo. No solo existen asociaciones patriarcales con líderes que ejercen como tales, no solo existen colectivos sectarios encerrados en sus verdades narcisistas, la mayoría intentan otras formas aunque no sepan bien por dónde ir. Al menos, en cada caso concreto, podemos hacer un mapeo de los colectivos y sectores más “afines” y aquellos otros con los que podríamos contar para alguna propuesta concreta, aunque lo quieran hacer de manera “diferente”. Otros muchos sectores serán de momento “ajenos” y algunos “opuestos” a las prácticas que se quieran realizar. Pero en vez de seguir teorizando sobre lo malo de los demás y su individualismo, mejor será construir un mapa de relaciones para ver con que “conjunto de acción” podemos iniciar el camino.

Ante la confusión de los políticos, profesionales y las propias asociaciones, los movimientos pueden poner sus propias estrategias con mayor legitimidad sobre la participación que nadie. Son quienes pueden desbordar creativamente a las burocracias

y a los elitismos, como siempre lo han hecho históricamente. El que haya algún político y algunos profesionales que seamos sensibles a esto no es lo común. Lo habitual es que los políticos defiendan su representatividad como exclusiva, y como si no hubiese otras legitimidades que el voto. Y entre los profesionales es normal que defiendan su puesto de trabajo como si solo ellos supieran del tema. **Son los movimientos sociales quienes tienen que recordar a todos** que tanto unos como otros deben estar al servicio de las necesidades construidas colectivamente por la propia gente, como se debe defender en las democracias participativas y más radicales.

Los “Grupos Motores” para estas transiciones

Partimos de que siempre hay grupos y líderes, aunque no tienen por qué ser siempre los mismos. Es más, también la evidencia nos muestra que el que se perpetúen en los cargos suele ser nocivo para la comunidad e incluso para ellos mismos (acaban aislados y más rígidos). Se puede avanzar a otros “estilos” que no sean tan “concienciadores” desde las ideologías (“no me des la brasa” dirían los más jóvenes), sino del **estilo del “caminar preguntando”, de los “cuidados feministas” del proceso, del “nadie conciencia a nadie, todos aprendemos juntos” de la pedagogía popular. O también las “metodologías participativas”** que parten de los dolores o gritos de la gente, pero no para quedarse ahí, ni para soltar la ideología como una receta, sino para construir colectivamente, dialógicamente, aprendiendo todos del proceso e incluso criticando los propios presupuestos de partida.

“Preguntando caminamos” dicen los zapatistas. No solo preguntamos porque no conocemos el camino, sino también porque preguntar por el camino es parte del proceso revolucionario mismo” (Holloway, 2002). Esto incluye otro supuesto o enfoque que nos lleva a un estilo más “cuidadoso”, presupone que cada cual debe poner en cuestión su propia ideología, pues el criterio de la práctica situacional se debe imponer, el “análisis concreto de la situación concreta” ante todo (pero no desde un “intelectual orgánico” elitista). Aprender de unas prácticas y debates amplios para unas estrategias construidas con los “conjuntos de acción” o si se prefiere en los movimientos sociales. Por eso las ideologías pueden guardarse en los bolsillos, mientras se acompañan los movimientos, y en la praxis (acción-reflexión-acción) se verá qué aporta cada cual. Pero no anteponerla sino que en el debate práctico ver para qué sirve, y a partir de ahí rectificarla.

Los consejos obreros o los frentes populares fueron formas revolucionarias en su día para que los poderes reaccionarios y militares pudieran ser superados, y se pudieran (al menos) iniciar las transformaciones socialistas en algunos países. Pero las oligarquías aprenden, y hoy (al menos en Europa) usan otros poderes de convicción, consumismos, aprovechan las fragmentaciones sociales, etc. de tal forma que no bastan contrapoderes, ni antipoderes. Ante la complejidad de la situación hacen falta estrategias que desborden desde sus propias contradicciones al sistema. En la confusión y desánimo que crean los que mandan (“no es lo que quisiéramos, pero no queda otra solución”) hay que pasar de los discursos y programas, a los hechos, a experiencias que evidencien que es posible el construir colectivamente otros mundos posibles. Hoy hay sectores populares capaces de auto-organizarse, de usar medios y tecnologías alternativas, de cuestionarse el papel del trabajo en el capitalismo, de cuestionar el patriarcado y las jerarquías, el despilfarro del productivismo, mostrar que hay otras formas de vivir, protestar y proponer.

Por eso los **Grupos Motores pueden ser unos buenos centros de elaboración de las estrategias para construir “otros poderes-para”, que desborden a los actuales de tipo patriarcal y elitistas.** Estos estilos de construir formas socio-políticas desde abajo están ya en marcha, y para ello se dotan de nuevas capacidades que cada vez se valoran más. Por ejemplo la “dinamización social”, la “ecología de saberes” (B. S.

Santos, 2005). Algunos lo llamamos “estilo transductivo”, es decir, hacer de puentes dentro de los mapas de relaciones sociales de una situación, y “provocar creativamente” la construcción de estrategias posibles con los participantes involucrados. Es decir, provocar desbordes sociales, y para eso no basta la buena voluntad, hay que construirlos en procesos con varios saltos.

El primer salto debe ser partir de una cierta auto-crítica que permita que cada cual guarde sus pretensiones de dirigente o líder en su bolsillo, y espere a que sea el proceso quién vaya mostrando para qué sirve cada cual. Es muy importante el estilo de aprender a cuidar y escuchar, que una cultura menos patriarcal está generando, pues eso puede hacer que aparezcan confianzas que superen los vicios familiares adquiridos. Es menos mirar al ombligo del propio grupo y sus cuestiones internas y más atender a un mapa de actores y de relaciones de la situación concreta donde se debe posicionar la estrategia a construir. Este segundo paso de abrirse a escuchar a la variedad de sectores populares, es algo que nos llevará a precisar qué “conjuntos de acción” tienen potencialidades para la transformación social en cada caso. Y desde ahí establecer talleres, reuniones, y otras formas de colaboración para dinamizar o transducir entre unas y otros. Lo que llamamos “devoluciones de creatividad social”, o sesiones para construir auto-diagnósticos de los sectores implicados, confianzas en que podemos trazar líneas de actuación comunes, al menos para algunos objetivos muy concretos.

Estos “grupos motores” no tienen soluciones, pero sí pueden activarlas escuchando y haciendo puentes, provocando saltos con las construcciones colectivas y creativas, en donde los participantes se sienten protagonistas y no unas meras correas de transmisión. Sobre la base de un cierto diagnóstico en común, de algún problema sentido, se pueden construir las alternativas. Es decir, algunas propuestas a corto plazo (que hagan de test de credibilidad del propio proceso), otras a medio y largo plazo (para las que se pueden organizar grupos de trabajo específicos), y alguna que permita coordinar y animar a todos porque abarque la ilusión de fondo y superadora, lo que llamamos la Idea-fuerza. Esta idea tiene fuerza no porque sea una buena frase motivadora, sino porque salga (y se sienta así) desde lo más profundo de las aspiraciones de la gente. Su creación colectiva puede ser un buen índice de que el proceso está siendo un aprendizaje democrático.

La forma de mantener estos procesos tiene que ver con que el “grupo motor” no se convierta en un grupo de “representantes” o de líderes permanentes, que es un fallo que se repite demasiado. Estos grupos pueden apostar por dar el mayor protagonismo a las redes auto-reguladas, con talleres, grupos de trabajo, asambleas, plenarios, etc. de forma que se eliminen los patriarcalismos en que hemos sido educados. “De cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades” que es una buena pauta, seguramente compleja, pero muy acertada, para poder ser creativos y a la vez transformadores. En un “grupo motor” decían que el éxito de seguir haciendo cosas creativas por su cuenta era porque “funciona y lo pasamos bien”. Estos “grupos motores” están construyendo su “poderío social” y de alguna manera son contagiosos. Pueden surgir en el trabajo o en alguna tarea, en el vecindario, en los estudios o entre amigos. Son “puentes” muy útiles en los circuitos de comunicación cara a cara, se mueven entre las redes del tejido social en la vida cotidiana, hablan en los mismos lenguajes que la gente. Precisamente, si no se les supone un interés familiar, económico o ideológico, estos grupos son más creíbles para la población y de ahí su eficacia y su buen ambiente. Esto no quiere decir que no tengan repercusiones transformadoras, sino que no se les identifica con un partido en concreto o con una iglesia, que pretenden meter sus teorías por principio.

Experiencias de resistencias locales y credibilidad.

Hay experiencias por toda la geografía, y aunque no sean muchas dan para pensar porqué la gente las está creando. Pensemos en las Plataformas del tipo Salvem... (El Cabanyal, etc.) y otras Plataformas Unitarias de defensa del territorio. En La Orotava varios colectivos de la ciudad no solo crearon su Plataforma, sino que le exigieron a los partidos de izquierda que se presentaran juntos para desalojar al cacique local. Cuando esto lo hicieron en El Escorial la izquierda ganó las elecciones (hay que tener en cuenta que la Ley D'Hondt castiga las divisiones, en pro del bipartidismo). A veces ante las peleas de los partidos por encabezar la lista hay que encontrar personajes independientes de prestigio, para desatranca partidismos (encubiertos de programas). Contra caciques, contra la especulación de algún alcalde megalómano, etc. hay soluciones superadoras que pueden entusiasmar a la gente.

Por ejemplo los “grupos motores” en los Planes Comunitarios tienen un papel para renovar los liderazgos. No es cuestión de que todo dependa del técnico, o del presidente de la asociación tal, o de los recursos de la administración. El ser capaces de coordinar grupos heterogéneos siempre le da una creatividad superior a cualquier plan. O en los Presupuestos Participativos de muchas ciudades, si son capaces de aglutinar, más allá de las militancias, a las gentes de los barrios o los sectores para hacer propuestas concretas y defender la participación desde la base. Como los partidos son para la democracia electoral, los “grupos motores” pueden ser para las democracias participativas. Sobre todo si usan metodologías, y si están apoyados por técnicos mejor, para superar los personalismos y para la construcción de “poderío social”.

Hasta podemos ver la construcción de “grupos motores” en internet, como en EUA con Obama para su campaña electoral (muchos hoy frustrados), o recientemente en la experiencia de Túnez contra la dictadura, desde ángulos ideológicos muy dispares. En Izquierda Unida para su “refundación” también han llamado a formar “grupos motores” para rediseñar un programa unitario. Aunque es difícil que se sume mucha gente a un proceso que, aunque no se quiera mostrar en clave interna, mantiene poca credibilidad por sus peleas por los puestos. Si todo fuera tan abierto como una reunión de Octubre donde IU, Verdes, IA, Ecologistas en Acción, Sindicatos y otros movimientos sociales discutimos sin condiciones las posibilidades y las potencialidades de las refundaciones en marcha, esto sería otra cosa.

Recuperar la credibilidad en la práctica no pasa tanto hoy por construir un programa común, cosa que no parece muy difícil ante las barbaridades de las políticas actuales del gobierno, sino en prácticas comunes y tangibles. Por ejemplo, impulsar en las próximas elecciones municipales “candidaturas unitarias” incluso con sectores socialdemócratas, para desalojar a caciques y corruptos, para demostrar que no es para coger un puesto, y que los intereses locales son más importantes que una suma de votos provincial (aunque quien impulse estas políticas unitarias podría contabilizarlas de alguna manera). En cada localidad o barrio un “grupo motor” puede demostrar que le interesa más lo que la gente está pensando que las directrices del partido de turno, pues la gente de la calle está muy desconfiada de los partidismos de todo tipo.

La cuestión no puede ni debe ser una mera cuestión electoral, sino un camino en el que la izquierda y los movimientos sociales vayan recuperando la credibilidad por sus acciones. Tanto acciones de “ayuda mutua” y de “cuidados” con la gente cercana, en la vida cotidiana de cada lugar, como acciones reivindicativas y de lucha y denuncia ante las autoridades y sectores dominantes, como también electorales cuando sea posible y se vean oportunidades. Nunca fueron incompatibles entre sí estos tres aspectos. Pero habrá que recordar, el “grupo motor” por ejemplo, cuanto tiempo le dedica a cada aspecto para no desequilibrarse.

De fondo, siempre es necesaria una Idea Fuerza, una motivación común para actuar con una cierta cohesión, al menos saber lo que no queremos, aunque a lo que aspiramos esté aún en construcción colectiva. Puede ser una regeneración unitaria, no sectarismos internos entre los participantes, aislar al especulador, vías de democracia participativa, y otras semejantes. J. Anguita proponía programas del tipo de los Derechos Humanos o la Carta de la Tierra. Puede ser, son suficientemente amplios y hay consenso sobre ellos, pero ¿es una cuestión de programas? La credibilidad está más bien en ganar pequeñas batallas cotidianas, no tanto en los grandes programas, con actuaciones más concretas y cercanas en lo inmediato.

Hacer campañas por un tema sentido, como salir de la guerra en su día, o defender un barrio, o impedir una cacicada local, deben ser compatibles con una Idea fuerza más de fondo y general. Por ejemplo: no queremos gobernar, sino que quien gobierne tenga que hacer pactos con plataformas unitarias construidas desde la base, controladas desde movimientos sociales y desde la gente no asociada también. Las democracias radicales de base y las participativas pueden ser, si se visibilizan en las prácticas de los “grupos motores”, unas fuentes de incorporación unitaria de muchos sectores desencantados. No es algo solo para unas elecciones inmediatas, sino crear estrategias para ir construyendo a medio y largo plazo, si se quiere regenerar la vida socio-política.

Bibliografía:

- Antunes y otros (1994) Manifiesto Eco-socialista. Libros de la Catarata. Madrid.
- CIMAS (2010) Manual Metodologías Participativas. www.redcimas.org
- Galtung, J. (2004) Transcender y transformar. Ed. Quimera. Mexico.
- Holloway, J (2002) Cambiar el mundo sin tomar el poder. El Viejo Topo. Barcelona.
- Ibáñez, J. (1994) Por una sociología de la vida cotidiana. Siglo XXI. Madrid.
- Johnson, S. (2003) Sistemas Emergentes. Turner. Fondo Cultura Económica. Madrid.
- Lourau, R. (1975) El análisis institucional. Amorrortu. Buenos Aires.
- Naredo, J.M. y otros (1996) Ciudades para un futuro sostenible. Habitat II. Ministerio de Obras Públicas. Madrid.
- Santos, B. S. (2005) El milenio huérfano. Trotta. Madrid.
- Situacionistas (1977) La creación abierta y sus enemigos. La Piqueta. Madrid.
- Shiva, V. (2006) Manifiesto por una democracia de la tierra. Paidós. Barcelona.
- Villasante, T. R. (1998) Cuatro redes para mejor vivir. Lumen Humanitas. Buenos Aires.
- Villasante, T. R. (2006) Desbordes Creativos. Estilos y estrategias para la transformación social. La Catarata. Madrid.
- Wainwright, H. (2003) Cómo ocupar el Estado. Icaria. Barcelona.